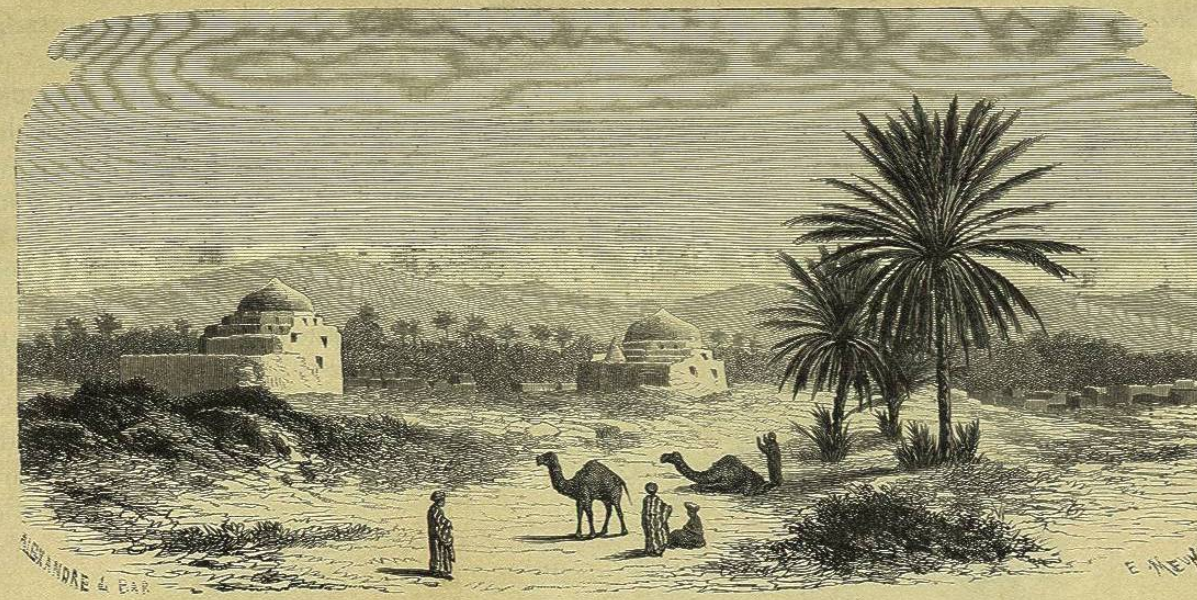
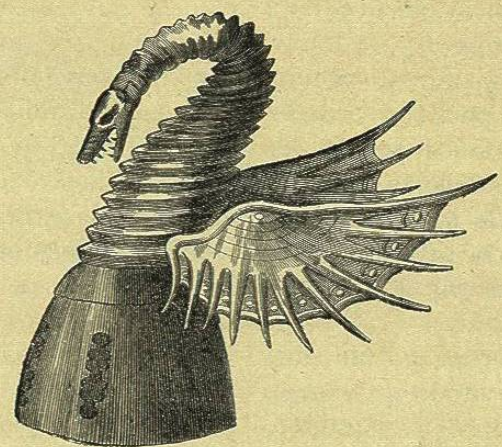


mento ó la receta de una industria. Así es que si no afirmamos que las cruzadas no determinaron ningún progreso científico en Europa, es porque la industria está demasiado emparentada con la ciencia para que estudiando la primera, la segunda no alcance algo de estos estudios. En efecto, aunque la Edad media sacó sus conocimientos científicos y literarios de los libros de los Orientales, demostraremos en otro capítulo que no fueron los Cruzados los que los introdujeron en Europa.

En el concepto tan sólo literario, la influencia de las cruzadas tampoco fué del todo nula, por más que fuese corta. Aquellos sucesos inspiraron á gran número de poetas y prosistas; y los magos de Egipto, las maravillas de Oriente, Godofredo, Tancredo, etc., eran el tema favorito que

los trovadores cantaban de castillo en castillo.

Cabe pues concluir de lo precedente que por obra de las cruzadas la influencia civilizadora de Oriente en Occidente fué muy considerable, pero que esta influencia tuvo mucho más de artística, industrial y comercial que de científica y literaria. Cuando se considera el importante desarrollo de las relaciones comerciales y el mérito de los progresos artísticos é industriales, engendrados al contacto de los Cruzados con los Orientales, cabe afirmar que estos últimos fueron los hombres que sacaron al Occidente de la barbarie, y prepararon aquel movimiento del espíritu, que la influencia científica y literaria de los Arabes, propagada por las universidades de Europa, había luego de desarrollar, y de la cual saldría un día el Renacimiento.



LIBRO CUARTO

COSTUMBRES É INSTITUCIONES DE LOS ÁRABES

CAPÍTULO PRIMERO

LOS ÁRABES NÓMADAS Y LOS ÁRABES SEDENTARIOS DEL CAMPO

I

RECONSTITUCIÓN DE LA VIDA DE LOS ANTIGUOS ÁRABES

En este capítulo y en el siguiente procuraremos trazar un bosquejo de la vida de los Arabes algunos siglos después de Mahoma; porque tan sólo cuando hayamos estudiado sus usos y costumbres nos será posible discernir el origen de las instituciones políticas y sociales que han reinado en su imperio.

Los rasgos principales de este bosquejo se tomarán del estudio de los Arabes actuales. Bien es verdad que semejante método no es aplicable sino á un corto número de pueblos, pero nada difícil sería probar que á ninguno cuadra más que á las poblaciones de Oriente cuya historia estudiamos.

Uno de los rasgos característicos de la civilización de los pueblos occidentales consiste en las rápidas trasformaciones que verifican; de modo que cuando se comparan ciertas épocas algo lejanas, por ejemplo las de Carlo-Magno

y Luis XIV, cada una parece una sociedad del todo diferente, pues las artes, la industria, la ciencia, la vida social y la misma lengua están cambiadas.

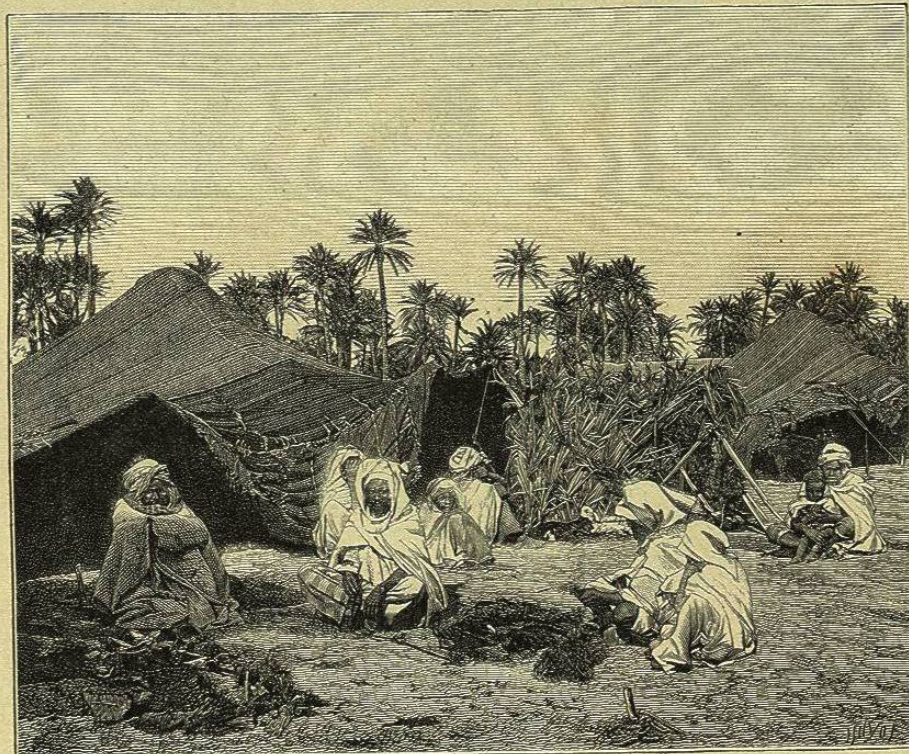
Pero las trasformaciones observadas entre dos épocas no son verdaderamente hondas sino porque la historia sólo se ocupa de las clases sociales más elevadas; que si se ocupara también de la clase media y de la inferior, que componen la masa de una nación, vería que aquellas trasformaciones apenas trascendieron á estos elementos. Esa suma de conocimientos literarios, científicos, artísticos é industriales cuyo conjunto forma la civilización de una época, tuvo durante muchos siglos escasa influencia en la suerte de las muchedumbres. Sin duda hay gran diferencia entre un compañero de Carlos Martel y su descendiente del reinado de Luis XIV, pero entre un herrero, un mercader y un labrador de la primera época, y los mismos individuos de la segunda, la diferencia apenas se nota; habiendo hoy mismo campesinos bretones que difieren poquísimos de sus antepasados de 1,000 años atrás.

CAPILLA ALEONSIANA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Sin embargo, por corta que sea la diferencia, existe por el solo hecho de haber cambiado las condiciones del centro de residencia; y aunque el campesino bretón de quien acabo de hablar no tenga mejor cerebro que sus abuelos, y viva en el rincón de una de las aldeas más aisladas, sin hablar otra lengua que el patuá de este villorrio; no por eso es menos cierto que reside en un centro diferente de aquel en que residieron sus antepasados, y que recibe el

reflejo lejano de una civilización que se transforma continuamente.

Tradicional es en Europa que los pueblos orientales no cambian. Pero si hoy verdaderamente cambian poco, antiguamente cambiaron mucho, siquiera en las capas sociales susceptibles de transformación. Grande es la distancia que separa á un señor árabe de la corte de Boabdil de uno de los compañeros de Omar, y todavía mayor la que existe entre un sabio de



Campanamento de Arabes nómadas en Argelia.—De una fotografía instantánea

las universidades de Córdoba y Bagdad y un pastor de la Arabia. Sólo en las capas sociales inferiores hubo un cambio muy tenue; pero ya hemos dicho que en todas partes sucedía lo mismo. Nada de particular tiene pues que entre un árabe sedentario del campo, y todavía más, entre un nómada del tiempo de Mahoma y su descendiente moderno haya cortísima diferencia.

Procede así hacer con los pueblos de Oriente las mismas distinciones que con los de Occidente, á fin de no confundir categorías sociales cuya evolución social ha sido muy diferente, y cuyo estudio debe hacerse separadamente.

Pero aunque se establezcan estas distinciones esenciales, no puede menos de reconocerse que los Arabes cambian hoy mucho menos de siglo en siglo que las poblaciones europeas; y que su estabilidad actual resulta no sólo de haber des-

aparecido su antigua civilización, sino también de ser el Corán un conjunto de leyes religiosas, políticas y civiles, íntimamente relacionadas, cuya fijeza ha producido aquella inmovilidad. Los discípulos del profeta se han hallado luego encerrados en una red de tradiciones y costumbres á las que la herencia ha dado una omnipotencia sobre los hombres, llegando á ser demasiado sólida para poderse quebrantar. Los usos y costumbres de la mayor parte de Arabes han llegado de este modo á ser casi invariables desde hace siglos; por cuya razón cabe reconstruir su existencia pasada, aunque sea estudiando su existencia actual.

Los cambios han sido mínimos sobre todo en los Arabes sedentarios del campo, y particularmente en los nómadas; pues respecto á los Arabes de las ciudades, como han estado sometidos á diferentes conquistadores, no han

podido menos de sufrir mayores modificaciones. Sólo que esos conquistadores han adoptado siempre el Corán, y como el Corán se ocupa de todos los detalles de la vida árabe, la masa general de usos y costumbres ha variado poco, y aunque el presente no sea ya una fiel imagen del pasado, se le parece bastante para ayudarnos á reconstruirlo.

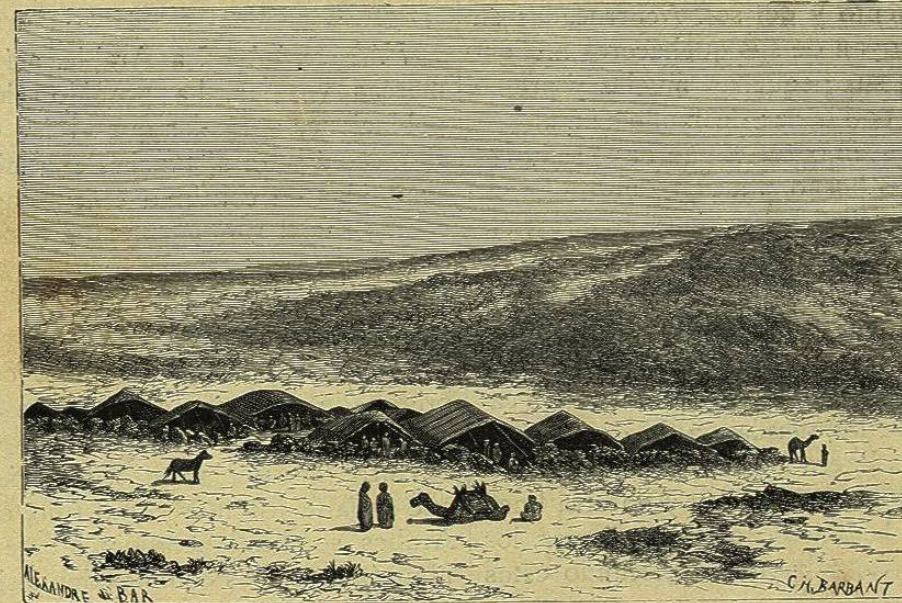
Habiendo tenido siempre la vida social de los Arabes diferentes formas, según éstos han

residido en el campo, en el desierto ó en las ciudades, los estudiaremos separadamente en estos tres conceptos.

II

VIDA DE LOS ÁRABES NÓMADAS

Hemos descrito suficientemente el carácter de éstos para que sea necesario ocuparnos de él otra vez; bastando que lo completemos des-



Un aduar.—De fotografía

cribiendo la parte material de su existencia.

Los usos y costumbres de esos nómadas son mucho más fáciles de exponer que los de las poblaciones sedentarias de la campiña, y sobre todo que los de los habitantes de las ciudades. En efecto, redúcese la vida de los primeros á su expresión más sencilla, estando libre de esas adiciones complicadas que produce vivir pegado al terruño. La siguiente descripción, que tomo de Coste, da en pocas líneas un cuadro suficiente de aquellas costumbres; pues aunque fué escrita cincuenta años atrás, modelándola sobre las tribus independientes de los desiertos que flanquean el valle del Nilo, el género de existencia que crea la vida del desierto es tan poco susceptible de cambiar, que así cabría aplicar la misma descripción á los nómadas, que fueron contemporáneos de Salomón, como á los compañeros de Mahoma, ó á los que vinieran en los siglos futuros hasta el día en que cambie la naturaleza y la Arabia y el África se queden sin desiertos.

«Al despuntar el día el árabe monta á caballo,

y no vuelve á su tienda hasta la puesta del sol. Durante el día se ha alimentado de dátiles y de algunos granos de *durah* ó de trigo, y ha hecho pastar á su montura las yerbas parásitas que ha encontrado al paso. Cuando por la noche regresa á su tienda, su mujer le prepara una jarra de leche, algunos dátiles y miel.

»El árabe no frecuenta las ciudades sino para traficar con el producto de sus ganados, de sus camellos y yeguas; y ni en estos casos pasa nunca la noche en ellas. Cuando está acampado, cultiva algunos *fedans* de terreno para cosechar el trigo, la cebada y el *durah* que sus necesidades requieren; y no sólo no está envilecido como el *fellah*, sino que la independencia de su vida le da un aire de altivez. Camina con seguridad, y sus ojos son vivos y penetrantes. La sobriedad y regularidad de su vida lo eximen, lo mismo que á su familia, de las enfermedades que aniquilan á los *fellahs*; y su sangre es tan pura como el aire del desierto que respira.

»La principal ocupación de las mujeres Arabes consiste en ordeñar las ovejas y vacas, y